

EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL

Oración Centrante Uno 2025

Semana 24

EL PERDÓN

LA ENSEÑANZA DE JESÚS (2)

La Parábola del Hijo Pródigo, Lucas 15: 11-32

Debido a su extensión, no vamos a reproducir aquí el texto de la Parábola del Hijo Pródigo, pero sí les recomendamos leerla y releerla en espíritu de oración, antes o después de acercarse a este envío. En ella, Jesús señala algunas de las características del verdadero amor y perdón cristianos. El Padre tiene dos hijos y quiere a los dos por igual, pero es claro en la parábola que entre los hermanos existía una relación de rivalidad adquisitiva: los dos compiten tanto por la herencia como por el amor del Padre.

El Padre, que prefigura a Dios, quisiera que su hijo menor permaneciera en el hogar, pero respeta plenamente su libertad y permite que se aleje e incluso le anticipa su herencia. Sin embargo, su recuerdo nunca se ausenta de su mente y su corazón. Como era de esperarse, el joven despilfarró su fortuna persiguiendo la satisfacción de los deseos de su falso yo. Creyó encontrar la felicidad acallando las exigencias desmesuradas de sus centros de energía emocional y pronto se vio en un abismo de desgracia. Decidió, entonces, regresar a casa. Ésa es la historia de todos nosotros: el Señor nos deja en total libertad de escoger, elegimos mal y, cuando la sog a nos llega al cuello, volvemos a Dios y éste nos recibe sin el menor reproche.

¿Arrepentimiento del hijo? Quizá...pero, al principio, probablemente no se trataba más que del deseo de verse en mejores condiciones de vida. Al Padre, a Dios, no le importa. Él ha estado oteando el horizonte anhelando su regreso y, cuando lo ve a la distancia, lleno de compasión, sale corriendo a abrazarlo y besarlo, incluso antes de que éste pronuncie sus palabras de arrepentimiento. El perdón y el amor del Padre son absolutos, totales, infinitos e incondicionales. El Padre no se acerca a ninguno de sus dos hijos con el más mínimo gesto de rivalidad. Sólo desea que éstos acepten su amor y se quieran entre sí. Ése es el modelo que se nos pide que imitemos, con la ayuda del Espíritu Santo.

La parábola continúa mostrándonos al hijo “justo,” siempre obediente, siempre apegado a la seguridad incuestionable de la casa paterna y celoso de su hermano menor. Parece evidente que, desde hace tiempo, compite con éste por el afecto del padre. El mecanismo de los celos se basa siempre en la comparación y la competencia: “por qué él y no yo?”. No comprende que el amor no es un objeto limitado capaz de agotarse, sino una fuerza que no tiene fin. Los celos del hermano mayor provienen de una visión del mundo basada en la escasez, no en la abundancia (“si el recibe mucho, yo recibiré menos.” Pero la magnitud del perdón y el amor del padre por ambos hijos no reconoce límites.

El síndrome del hermano mayor es más difícil de curar, por estar más oculto en las profundidades del inconsciente. El hermano menor ha reconocido su culpa y ha pedido perdón. Está consciente de que el perdón es totalmente inmerecido y puro regalo del padre. El hermano mayor, por su parte, se siente bueno, justificado, con derechos y, por lo tanto, reclama. El padre bueno lo trata con la misma misericordia.

Esta parábola nos remite, especialmente, al perdón en el contexto familiar. ¿Qué resentimientos guardamos, como si fueran perlas preciosas, a nuestros padres o incluso a nuestros hijos? Ya sabemos que no hay padre perfecto, porque todos somos partícipes de la condición humana. Hay padres que han herido profunda e injustamente a sus hijos. ¿Soy capaz de comenzar a perdonarlos? ¿Qué procesos originaron en mi vida algún distanciamiento con un hermano? ¿Qué mecanismos de rivalidad operaron en el agravamiento de esa situación? ¿Puedo comenzar a identificarme con el padre y percibir mi llamamiento al perdón incondicional?

«Tanto si eres el hijo mayor como si eres el hijo menor, debes caer en la cuenta de que a lo que estás llamado es a ser el padre.» Aquellas palabras me cayeron como un jarro de agua fría porque, después de todos aquellos años viviendo con el cuadro y mirando al anciano sosteniendo a su hijo, jamás se me ocurrió que el padre era quien expresaba más plenamente mi vocación en la vida. Sue no me dio la oportunidad de protestar: «Toda tu vida has estado buscando amigos, suplicando afecto; has estado interesado en miles de cosas, has rogado que te apreciaran, que te quisieran, que te consideraran. Ha llegado la hora de reclamar tu verdadera vocación: ser un padre que puede acoger a sus hijos en casa sin pedirles explicaciones y sin pedirles nada a cambio. Mira al padre de tu cuadro y verás lo que estás llamado a ser. Nosotros...no necesitamos que seas un buen amigo o un buen hermano. Lo que necesitamos es que seas un padre capaz de reclamar para sí la autoridad de la verdadera compasión»

--Henri Nouwen, El Regreso del Hijo Pródigo.

Para practicar en los próximos días:

1. Practica la Lectio Divina con Lucas 15, 11-32. ¿Qué palabra o frase resplandece en ti? Regresa al texto a lo largo de estos días. Permite que te hable.
2. Practica la Visio Divina con el cuadro de Rembrandt *El regreso del hijo pródigo*, que conmovió por años a Henri Nouwen. Comienza a mirar al cuadro en general como si fuera un texto de Lectio Divina. Detente en los detalles. Observa los gestos y la luz. Observa los personajes ¿Qué te dicen? Regresa a él durante los próximos días.



El Regreso del Hijo Pródigo, por Rembrandt, c. 1669.